

Manuel Díaz Martínez visto por...



“*El país de Ofelia* es el país de la alegoría. «Debajo de sus párpados se engendra el espejismo / con que el Amor confunde los signos de su imperio», nos dice en la primera página un soneto, con esta cita de Rimbaud: «*Sur l'onde calme et noire où dorment les étoiles*». El personaje surgiendo de un Rimbaud suave. Delicadeza, serena onda de lo mediterráneo —para el andaluz Juan Ramón Jiménez, Rimbaud se cifra en una frase: «por delicadeza he dejado de vivir»—. Y, también otro andaluz, Bécquer, en sus *Rimas*, pasea a Ofelia «Sobre el oscuro campo de batalla, / Cargada de perfumes y armonías / En el silencio de la noche vaga». Pero Díaz Martínez, para este su suave personaje, ofrece, ingenuamente, la palabra grande, creando con simplicidad un espacio encantado: «mientras vea mis auroras teñir / la suave inmensidad con que me acoges». Pues en lo delicado, él estalla la feroz delicia de una metáfora donde todo se hiperboliza. Esplendor acartonado de lo romántico contrastando con la finura.

Lo acartonado romántico... esto merece una explicación. Recordemos el caso de Hugo. Con furia volcánica, con pasión retórica, lanza sus frases; pero éstas, extrañamente, juegan el brinco que su creador no pudo prever: se convierten en mascarones expresionistas, en objetos de alucinado sabor miniaturesco —pensar en el destino con que rueda en nuestras manos la frase con que Hugo enfatizó su genio: *comerse un ala de Pegaso*.

Y éste es el material con que Díaz Martínez levanta sus alegorías, ¿consciente de su

reverso poético?: «ni tu pelo suelto como un caballo», nos dice. Verso violento, retórico, arrancado del árbol de lo romántico; pero verso que, paradójicamente, extiende frente a nuestra mirada una estela expresionista.

Pues retórico, alucinado con el esplendor de la palabra bella —riesgo éste, de señalar en su poesía—, Díaz Martínez muestra su preferencia de trasmutar el paisaje en petrificado retablo. Y, en uno de sus mejores poemas, «No volverá la noche», nos habla del dormir *del sol como una rosa*; nos hace patente la paradoja a que su golosa asimilación del romanticismo lo lleva: el animismo de su frase brillantona cobra, a veces, calidad de miniatura.

Por esa ingenua pasión por lo romántico, la comparación en Díaz Martínez se hace alegoría. Punto éste, central, para entender los aciertos y riesgos con que su poesía se enfrenta. De la alegoría se ha dicho que «es una especie de enigma cuya solución es obvia, mientras el símbolo puede ser sólo interpretado pero no resuelto».

La alegoría es, pues, aquello que, simplemente, se superpone. Lo que ensambla sobre una pieza concreta, idea que, por lo áspero y como yuxtapuesto con que se une a lo real, empieza a adquirir el encanto de una visión primitiva. Así, cuando Díaz Martínez nos dice «con el pelo suelto / y el corazón como un astro», lo estereotipado de su ingenua comparación alegórica: astro-pureza del corazón, adquiere el reverso de un flechazo poético.

Lorenzo García Vega
[*El Mundo*, La Habana, 13-II-1966]

☞ Su artículo me interesó y conmovió mucho, porque usted ha visto y mostrado esa «actitud central» que determina la poética y la conducta de Lezama Lima, y que hace su grandeza. Nada me gustaría más que poder conocerlo a usted personalmente alguna vez para hablar de tanta cosa que sin duda tenemos en común.

Julio Cortázar

[Carta: 10-8-1966]

☞ Parece que Manuel Díaz Martínez viniera de muy lejos en sus poemas, y así es, en efecto: viene de dar vuelta a las cosas por su costado nocturno, abriéndole los escotillos al abismo, con lo que aun los sucedidos más recientes cobran esa resonancia, ese gran vaho de caja honda, en que se escucha la buena poesía de todos los tiempos. Véanse los versos que quedan bajo este título en sordina: «Mi madre, que no es persona importante», y siéntase cómo a estos años de ahora los recorre un eco remoto, satisfactoriamente profundo. Y es que siendo su tema el más actual imaginable: el hombre, Díaz Martínez descubre, con legítimo azoramiento, que hay mucho más en él de lo que alcanza la vista. Este «mucho más» da, de una parte, la necesidad, y, de otra, la utilidad de su poesía. Uno puede muy bien perder su tiempo en el de Díaz Martínez, seguro de que al cerrar su libro lo habrá recuperado con creces.

Eliseo Diego

[Contracubierta de *Vivir es eso*, 1968]

☞ *Vivir es eso*, a lo largo de sus poemas, nos va convenciendo de que, efectivamente, eso es vivir.

El poeta de tus libros anteriores sitúa en éste su trono, toma en la mano un cetro, y —no rey, porque no eres monárquico— gobernador del verso, como te llamé, gobiernas el ritmo a tu antojo.

Tu libro es un aristócrata que se presenta muy bien vestido, pero negando que lo es.

Toma la palabra, y la cascada, luminosa y sonora, esplende y suena.

Agustín Acosta

[Carta: 3-8-1968]

☞ Así Díaz Martínez ha dejado de ser el poeta balbuciente de sus comienzos, para convertirse, siendo el anti-Rimbaud y el anti-Casal, en un poeta de edad, que se encuentra hoy en posesión de su voz. Y al igual que dijo de otro poeta cubano, Rafael Alcides, su antítesis en la poesía, integrante de la generación que nosotros representamos, la del 50, encontró una voz para su poesía y un lugar en la poesía para su voz. Limpias y lúcidas, de acerado brillo, opaco a veces, punzante la ironía, que suele cerrar el poema con imprevisto sarcasmo, sus páginas van consiguiendo el lugar que merecen en la poesía cubana. Tras años de silencio y de desvío de la crítica, luego de su libro *Vivir es eso*, de 1968, nuevos lectores y nuevos exégetas se acercan a ella con admiración y sorpresa. Todo este tiempo adverso —no siempre los tiempos fueron buenos—, Díaz Martínez, papel tras papel, en lucha con el blanco de la página y con el temor del primer llamado de la palabra, puso en lo secreto su obra, y hoy, cuando más justo y claro luce el día, reaparece con este excelente libro en el cual recoge aquella tenaz labor callada. A los asuntos, de predominio en lo familiar, se suma una resonancia social, que implica a un número mayor de gente, el amor amenazado se defiende jadeante por sobrevivir, dejando una estela donde salta el pez de fuego, la luz que nos permite, mientras dibuja su medio círculo, aprender, ser más sabios y mejores en humildad y comprensión. La amplitud que la poesía de Díaz Martínez ha adquirido enseña en el hondo y doloroso y dichoso sentido en que puede hacerlo la poesía. No podemos dejar de escuchar a quien ha vivido, y ha vivido un tanto también para nosotros.

Antón Arrufat

[*El caimán barbudo*, La Habana, 1985]

” Tus *Memorias para el invierno* están llenas de intensidad humana, rigor sentimental y buena poesía. Por mucho que se empeñen ciertos metafísicos, la poesía será siempre participación emocional en la vida.

Luis García Montero

[Carta: 17-8-1996]

” El hecho de que Manuel Díaz Martínez visite la colección Visor con una antología de su obra poética me parece importante y significativo. Treinta años de la vida de su autor se dan cita en estas *Señales de vida* que se me antojan, emulando a Eliseo Diego, tan necesarias como útiles para quienes amamos la poesía de hoy, de ayer y de siempre. Hay en Díaz Martínez una simbiosis tan perfecta entre lo español y lo cubano que le hace imprescindible en ambos países por igual. Simbiosis que José Lezama Lima acertó a definir con el ingenio en él habitual cuando escribió que en la poesía de su compatriota y amigo Manuel «el hueso quevediano se une con las brisas habaneras».

Luis Alberto de Cuenca

[Prólogo a *Señales de vida*, 1998]

” Manuel Díaz Martínez es quizás el poeta más inclinado a los entornos metafísicos, entre los integrantes de la Generación del 50. Sus mejores textos muestran vínculos entre lo onírico y lo familiar, incluso cuando es el amor el tema central. «La cena» ha sido uno de los poemas mejor reconocidos dentro del coloquialismo, en tanto que «Como todo hombre normal», uno de sus textos capitales, adopta el ambiente familiar cotidiano, pero pasado por un fuerte sentido sensorial y emotivo, en el que la muerte suele aparecer en el trasfondo, dada la propensión elegíaca del poeta. Se recordarán también sus textos «Manuel» y «Con amor lo prevengo».

Virgilio López Lemus

[*Doscientos años de poesía cubana*, 1999]

” He tenido la alegría en estos dos últimos días de leer tus poemas, en verdad primera vez que puedo leer tu trabajo de modo sistemático, siguiendo un hilo hermoso, donde sentimiento e inteligencia, cultura y amor verdadero por la cultura, se trasvasan forjando una urdimbre que muchos quisieran para sí: me encandila tu precisión, la sobria emoción y el manejo del avatar literario, respetuoso y sabroso, capaz de lograr que se den la mano Villon y Quevedo, la patria y la comida, la ironía fina y la *blague* descarnada: eres un poeta amoroso en el alto y lato sentido de la palabra.

José Kozler

[Carta: 23-11-2002]

” Si la poesía, como muchos suponemos, es una forma de conocimiento, esa es la forma como Manuel Díaz Martínez ha asumido su relación con la vida y esa es la razón oculta que preside la lectura de sus memorias. Y si fuera necesario buscar la poética que ha regido esa vida, no me cabe la menor duda de que se resume en una frase: un desaforado afán de justicia y un respeto incondicional a la dignidad humana. Termino con unas palabras de *Sólo un leve rasguño en la solapa* en las que se encierran, creo, lo más importante de este libro que podría ser un importante pilar en la búsqueda de una nueva eticidad cubana: «...la única humillación que me hace feliz es la que sufren la prepotencia y el abuso de poder».

Joaquín Ordoqui García

[*Encuentro de la Cultura Cubana*, nº 26/27, otoño-invierno, 2002-2003]

” Muchas gracias por *Paso a nivel*. Enseguida lo deposité en mi mesa de noche, y enseguida, también, lo leí y releí, porque algunos poemas me gustaron demasiado para no volver sobre ellos y marcarlos, admirando esa escritura pulcra, natural, que revela una mano maestra a la hora de darle norte al

verso. Y quizás deba insistir en esa «naturalidad», una naturalidad que emula tu capacidad para explorar varios registros y ajustar esos registros a toda forma, abierta o cerrada: las abiertas no lo son tanto (como debe ser), ni las cerradas están del todo cerradas. Eso, en poesía, quiere decir que eres libre. Creo que esa naturalidad, que no es sino donosura, te sitúa en un ámbito de la poesía cubana que pasa por cierto Florit y por mucho Eliseo, y que, como en el caso de este último, sabe conjugar sencillez y misterio, hallazgo y cotidianidad.

No se me escapa el talante elegíaco que atraviesa muchos de tus poemas, la sensación

de pérdida, de desamparo casi, ante la ausencia de algunos seres queridos, la imposible o posible conversación con ellos, pero tampoco se me escapa el buen humor al que sabes dar acceso, un buen humor que tiene más de sonrisa y de cordialidad criolla que de ganas de ser «simpático». El ser que desprenden tus poemas tiene mucho de un tipo de cubano que yo comienzo a echar de menos, un cubano en el que la tristeza, o mejor aun, la melancolía, no se agriaba, nunca era feroz, y a la que el aire más noble de la Isla, quizás el más antiguo, le desfruncia el ceño.

Orlando González Esteva

[Carta: 8-10-2005]



Tres músicos.
Óleo sobre papel, 55,8 x 76,2 cm., 1954.
Colección Nercys y Ramón Cernuda.